

Una reflexión en torno a la actualidad del problema de la identidad universitaria

A Reflection on the Current Problem
of University Identity

Juan David Quiceno Osorio

Universidad Católica San Pablo, Arequipa, Perú

 <https://orcid.org/0000-0002-3668-3830>

Correspondencia: jdquiceno@ucsp.edu.pe

Resumen

El artículo analiza el problema de la identidad universitaria en la actualidad. A través de una reflexión sobre el concepto clásico de identidad, se propone dar un paso hacia la identidad antropológica dado que la Universidad surge de la unidad entre personas. Por ello, se plantea una misión fundamental de formación integral y búsqueda de la verdad como camino auténtico de realización de la Institución. En ese sentido, se hace una crítica a las Universidades actuales que inician a regirse de forma prioritaria por fines como el lucro o la imagen publicitaria. En consecuencia, la supervivencia y el sentido de la universidad se definen no en la capacidad para vender su producto, sino en mostrarle a la sociedad que su propósito esencial es formar personas libres y comprometidas con la verdad.

Palabras clave: Identidad, Universidad, antropología, marketing.

Abstract

The article analyzed the problem of university identity in the present day. Through reflection on the classical concept of identity, the article proposes a shift toward an anthropological identity, given that the university emerges from the unity among individuals. Therefore, a fundamental mission of comprehensive education and the pursuit of truth is presented as the authentic path for the realization of the institution. In this sense, a critique is made of current universities that prioritize goals such as profit or advertising image. Consequently, the survival and purpose of the university are defined not by its ability to sell its product



but by its capacity to demonstrate to society that its essential purpose is to educate free individuals committed to the truth.

Keywords: Identity, University, anthropology, marketing.

«¿Qué teme usted, puesto que nadie puede reconocerle a través de sus transformaciones? Yo mismo, cada vez que le encuentro, creo estar frente a un individuo nuevo. —Él me reconocerá —dijo Arsène Lupin—.

Él me ha visto una vez, pero comprendí que me veía para toda la vida y que veía, no mi apariencia siempre modificable, sino el ser que yo soy»

Leblanc, *Arsène Lupin contra Herlock Sholmes*

Introducción

Para una porción de jóvenes de nuestro país ir a la Universidad es un sueño. Dadas las dificultades económicas, sociales o familiares que padece buena parte de nuestra población, recibir formación universitaria se convierte en una oportunidad, en una posibilidad cercana para mejorar las propias condiciones de vida. Para otra porción de jóvenes ir a la Universidad es un paso obligado en su itinerario de vida. Se va al colegio, se pasa por la educación básica y secundaria y lo siguiente, como naturalmente demanda la familia o el entorno social, se va a la Universidad “a formarse para algo”. Quizá exista un tercer grupo, que bien podría ser una intersección de estos dos. Un grupo de jóvenes que mezclan el sueño con la oportunidad o la obligación de estudiar. En el fondo, ven en la Universidad un sueño que cumplir, saben que es una obligación porque quieren ser responsables con su entorno social y cultural e intentan responder a su itinerario universitario como si de una vocación se tratase.

Todos estos grupos de jóvenes, y los muchos que seguro se quedan por fuera de este intento imperfecto por categorizar una realidad compleja, van con un objetivo común a la Universidad: formarse y aprender. Todos conciben que hay algo que no tienen y que la Institución Universitaria puede ofrecerles. Se ven movidos por su búsqueda de sentido, de conocimiento o de utilidad a entrar en una institución, según sus posibilidades, en la que creen que pueden alcanzar lo que buscan.

Estos jóvenes, decimos corrientemente, son el futuro del país. Ellos cubrirán las necesidades de la sociedad del futuro. Por eso, el entorno de mercado y las distintas instituciones intentan intervenir en esa formación. Es decir, piden a las Universidades que ese aprendizaje se de en orden a las necesidades del mercado y la economía. Dado que las empresas y la sociedad necesitan ciertas habilidades para seguir progresando, entonces, la Universidad debería ser el lugar para adquirirlas.

La Universidad, según esta perspectiva, es una especie de intermediaria a la hora de atender la sociedad. Es decir, satisface con sus servicios la necesidad de los jóvenes y del mercado que los solicita. Sin embargo, dado que el mercado es exigente y competitivo se hace necesario ofrecer no solo un buen servicio, sino también uno con carácter distintivo. Es decir, si existen muchas instituciones que ofrecen lo mismo, entonces, naturalmente el entorno se pregunta ¿qué es lo que distingue esas instituciones? La respuesta rápida es la calidad y variedad de la educación, su ambiente cultural, las instalaciones, las posibilidades profesionales que ofrece, su buena atención al cliente y velocidad en sus procesos y, por supuesto, dirán algunos, el precio.

Planteado de esta manera, la misión educativa de la Universidad parece depender de dos cosas: de la necesidad de que los jóvenes encuentren un rol y de las demandas laborales de la sociedad. Con esto, el problema de la identidad se considera una cuestión de marketing y posicionamiento. Es decir, de lo que permite el “producto educativo” de una Universidad determinada sea el que la sociedad quiere como primera opción y que sea el mejor (calidad), más flexible (cómodo) y asequible (precio justo) para satisfacer las necesidades del mercado (Kirp, 2005).

Ante la enorme competencia actual, la cuestión de la identidad parece un asunto de urgencia máxima. El problema de la identidad es un asunto de la que depende la vida de las instituciones. Aunque para

unas será el inicio de su vivir y para otras el de su morir. Lo que nos preguntamos es si esta forma de plantear el problema de la Universidad no es sumamente pobre y engañoso. Además, si no conduce por caminos inadecuados y si la cuestión de la identidad no tiene que ver con algo distinto a satisfacer o crear una necesidad del mercado. En otras palabras, si es saludable que la identidad universitaria dependa exclusivamente de factores externos a ella y deje de lado la naturaleza de su quehacer más propio, es decir, la acción académica.

Para proponer adecuadamente este problema empezaremos por plantear el problema clásico de la identidad, por tratar de aclarar su sentido más general para posteriormente aplicarlo a la comunidad universitaria. De esta forma, podremos extraer algunas consecuencias para anclar la reflexión universitaria en algo distinto al viento cambiante de las dinámicas mercantiles y socioculturales del mundo contemporáneo.

Del *ídem* a la persona

Identidad en latín proviene de la voz *ídem* que indica lo mismo. Se usa habitualmente cuando se establece una lista y se repite una cosa o un objeto. Es decir, se utiliza *ídem* para indicar que es la misma realidad a la que se hace referencia. De esta manera, en la tradición clásica se entendió el término como aquello que permanece en el tiempo y permite identificar una cosa como la misma a pesar del cambio (Daros, 2005). La reflexión tiende naturalmente a tener una parentela con el problema

de la esencia (*ousía* para Aristóteles). Es decir, aquello que hace que una cosa sea lo que es. En el fondo, que responde a la pregunta ¿Qué es *x*? (Aristóteles, 1995).

Esta aproximación etimológica inicial nos propone al menos dos problemas. En primer lugar, determinar qué es aquello que hace que una cosa sea lo que es y, en segundo lugar, preguntar si esa reflexión permite distinguir entre la identidad de una cosa y la identidad de las personas y las comunidades humanas. Como rápidamente nos adelantamos a decir, la reflexión sobre el *ídem* es insuficiente para entender a personas y comunidades personales. Por eso, tendremos que complementarla con el modo como se aborda el problema de la identidad personal y comunitaria. En otros términos, por la reflexión en torno a la pregunta ¿Quién es *x*?

Para responder a la primera cuestión planteada, podemos recurrir al bastante conocido ejemplo de Plutarco sobre la identidad del barco de Teseo.

El barco en que navegó con los jóvenes y regresó a salvo, la *triakóntoros* (tenía treinta remos), la conservaron los atenienses hasta la época de Demetrio Falereo, arrancándole los maderos viejos y poniéndole otros fuertes y tan bien ajustado que hasta a los filósofos les servía de ejemplo la nave para el discutido tema del crecimiento (identidad de las cosas que crecen), ya que unos decían que seguía siendo la misma y otros que no. (Aristóteles, 1985, p. 183)

Según el primer grupo de filósofos, aquello que permitía que el barco fuera el mismo era su forma de barco y su pertenencia a Teseo. Según el segundo grupo, el reemplazo de las piezas estropeadas implicaba que el barco se había convertido en *algo* distinto, ya no era el barco de Teseo. El asunto no parece sencillo de resolver. Sin embargo, algo tiene que ver con el problema de qué es lo que hace que una cosa sea lo que es a pesar del paso del tiempo y de los cambios. Para ello, el mejor guía inicial es Aristóteles quien, respondiendo al problema del eterno devenir, distinguió al menos cuatro causas (*aitia*) que permiten al hombre conocer la realidad y explicar lo que significa que las cosas estén en movimiento. Se tratan de las cuatro causas analizadas en la física: formal, material, eficiente y final (Aristóteles, 1995).

No haremos una exposición de todo lo que eso implica, se puede revisar a propósito el libro II de *La física*. En relación con el barco, la cuestión está en determinar la razón por la que el barco de Teseo sigue siendo el mismo a pesar del paso del tiempo y de las modificaciones de sus componentes materiales. La respuesta para el Estagirita está en el aspecto formal. El ejemplo bastante conocido para explicarlo es el siguiente: No es lo mismo que una hoja cambie de color a que una hoja que por el calor se quema, se convierta en ceniza. En el primer caso, hay un cambio accidental, en el segundo un cambio que supone ser otra cosa. En ese caso, para Aristóteles la identidad del barco de Teseo está en que mantenga su forma-estructura

(*morfé*) de barco y no tanto en que sus piezas vengan reemplazadas.

Esta respuesta directa se puede discutir un poco más afondo si se pregunta: ¿Qué pasa si a la barca de Teseo se la usa como una casa? Es decir, qué pasa si una cosa mantiene su estructura, pero es usada con otra intención con la que fue hecha ¿sigue siendo lo mismo? Es posible que una barca que fue hecha para navegar y que ha sufrido muchos cambios que afectan su función más propia ¿siga siendo lo que es? La respuesta a esta cuestión invita a aceptar que la causa formal, eficiente y final en realidad no están desconectadas. Una cosa puede mantener su esencia si no cumple su función, pero la manera en que cumple la intención con la que fue hecha, es decir, su finalidad, en sentido negativo, puede deformar su realidad más propia y, en positivo, puede manifestar la perfección de su realidad.

El asunto tiene mucha relevancia, pues, en la identidad de las cosas, ni la forma como han sido generadas ni la finalidad son algo alternativo. En primer lugar, un constructor siempre debería buscar los mejores materiales, dentro de las circunstancias concretas en las que se encuentra, para que su obra cumpla la función de la manera más excelente posible. Es claro que, al menos en la antigüedad, no era lo mismo navegar en una barca de papel que hacerlo en una de madera bien pulida e impermeabilizada. En segundo lugar, es verdad que una barca puede ser usada eventualmente como habitáculo humano. Sin embargo, si es verdad que las barcas fueron pensadas para navegar,

su identidad más propia habrá de realizarse en la medida en que su modo de surcar las aguas y cumplir su misión de transporte sea más perfecto. En consecuencia, la estructura de una cosa no es suficiente para que sea la misma, pues, a ella le deberían seguir su intencionalidad originaria y la perfección con la que realiza su función o actividad.

Hasta este punto, parece claro que a la respuesta qué es algo, se responde idealmente a través de la intención, la estructura que la convierte en lo que es y la realización de su función más propia. Sin embargo, como decíamos, este tipo de identidad es de una cosa, de una realidad objetiva que se puede poner ante los ojos (Marcel, 1953). Cuando nos referimos a los seres humanos, la cuestión se complica en tanto que son capaces de responder por ellos mismos a la pregunta por la identidad y a que su libertad introduce novedades impredecibles en la estructura natural del cosmos. En otras palabras, la pregunta por la identidad ya no solo es una cuestión de si *algo* es lo mismo, sino de lo que *alguien* dice y es capaz de hacer consigo mismo y con los demás. Este tipo de identidad no es el de las cosas, sino el de las personas. Por eso, algunos filósofos contemporáneos hablan de un tipo de identidad de carácter reflexivo (Ricoeur, 2006). Cuando alguien se identifica a sí-mismo, usa el pronombre reflexivo *sí*, para decir que es él y no otro a aquel a quien hace referencia.

La cuestión, lejos de ser un tecnicismo, introduce un matiz nuevo en el problema de la identidad. Es decir, que cuando nos

referimos a la identidad de las personas no describimos algo que es fabricado o que cumple funciones, sino más bien a alguien que contiene en sí sus propios fines y que tiene la posibilidad de realizarlos según su conciencia y libertad. Es claro que el ser humano no se provee a sí mismo sus propios fines. Pero, es verdad igualmente que esos fines no están en las personas como una función, sino como una orientación a la que se puede llegar aplicando la libertad.

Por ejemplo, cuando se está en ocasión de presentar a un conferencista frente a un público determinado, se está ante el desafío de responder a la pregunta ¿quién es el ponente? Normalmente, se responde con un nombre y se cuenta una serie de eventos que permiten reconocer al conferencista como su agente o realizador. Esa historia, que conecta el camino realizado e implícitamente a las personas que lo han permitido, tiene además una finalidad: transmitir a los presentes que el conferencista está capacitado para discurrir sobre el tema planteado. Aplicando este ejemplo al problema de la identidad, hay que decir que la identidad humana tampoco prescinde de su finalidad, aunque el modo de hacerlo es incluyendo la libertad. Lo que cada uno puede hacer consigo mismo. La libertad, en este caso, es capacidad humana de realizar el proyecto de existir en tanto persona, un ser humano capaz de responder a su existencia dada según los fines de su apertura intencional al conocimiento y al amor.

A la identidad de las personas le podemos agregar dos particularidades más: articula

la mirada exterior con aquella interior y propone una verdad inagotable. Es decir, si al barco se le pregunta ¿Qué es? No puede responder por sí mismo. Mientras si al conferencista le preguntamos ¿quién es? Puede, por un lado, corregir su presentación y agregar aspectos desconocidos a la audiencia y, por otro, confirmar o desmentir la idea inicial de ser un especialista con su exposición. En otras palabras, en la identidad de las personas no sólo están incluidos los aspectos objetivos que permiten reconocerlas (su cuerpo, su carácter, su historia y sus proyectos), sino además aquello que ellas dicen de sí mismas con sus palabras y con sus actos. Estas palabras implican el conocimiento de sí y la posibilidad de introducir nuevos cursos de acción en el mundo. Conocerse no parece una tarea que se pueda acabar completamente, está siempre sujeta a la profundidad misma del ser humano que no puede ser conocido a la forma de una cosa, una ley o una ecuación matemática (Arana, 2015). El ser humano se topará siempre con esa verdad de que el origen de su ser está como más allá de sí mismo (Eliade, 1981). En esto, la libertad juega también un rol esencial. Ella permite que el ser humano cuente con posibilidades insospechadas, para bien o para mal. Es normal tomar conciencia que “hay poderes con los que no se contaba” (Ricoeur, 2013). La sorpresa ligada a la libertad convierte al ser humano en un ser abierto, proyectado hacia un horizonte en el que la coincidencia consigo mismo parece fuera del tiempo.

En otros términos, a diferencia de la identidad de las cosas, la identidad humana

no está cerrada, incluye la posibilidad de contar con los cambios de suerte que propone la libertad. El futuro de las acciones humanas tiene una influencia sobre el presente. “Lo que seré podré serlo porque hoy lo realizo”. Dado que la vida de los seres humanos no es como un objeto sobre el que se puede tener poder con una sola mirada, decimos que el ser humano está sujeto al misterio (Marcel, 1953). Responder a la pregunta ¿Quién es x? se sostiene sobre un origen del que la misma persona se muestra deudor y de una finalidad que está siempre más allá de sí misma. Esto no impide encontrar la identidad, pero supone echar raíces en el misterio (Guardini, 1996), en el respeto de aquello que desborda toda mirada parcial. Esto permite entender que cuando se habla de personas, lo material, lo estructural, lo eficiente y lo final es relativo a su trascendencia. El asunto se hace más complejo si pasamos de la identidad de la persona a aquella de la comunidad personal. Precisamente lo que abordaremos a continuación.

De la persona a la comunidad universitaria

La persona no es nunca un ser aislado. Por ello, nunca se responde a la pregunta Quién soy de forma meramente individual. Basta pensar como menciona Ricoeur a la historia de vida. Ciertos aspectos de ella son de dominio de nuestros más cercanos, mientras nosotros, que deberíamos ser sus protagonistas, aparecemos meramente como narrados en la historia (Ricoeur, 2006). Nuestra vida está tejida con retazos que otros poseen por derecho propio. Se

puede pensar en el nacimiento, la infancia e, incluso, la muerte.

Las potencias humanas no se realizan de forma aislada (Maritain, 2007). Aprendemos de alguien, amamos a alguien, hablamos con los demás. Toda nuestra estructura está hecha para relacionarnos con los demás seres humanos. Nuestro cuerpo manifiesta una herencia que señala nuestros ancestros, nuestro carácter tiene en buena parte los rastros psicofísicos de nuestros padres, de la cultura en la que nos desarrollamos y de la sociedad en la que habitamos, nuestro lenguaje es el don de una visión de mundo que nos permite ver la realidad en una forma concreta y que recibimos de forma involuntaria (Ricoeur, 2011). Así, en el ser humano todo inicia con otro que nos introduce en el mundo. Por ello, todos estos aspectos manifiestan que nuestro ser está íntimamente tejido con el de los demás seres humanos y que nosotros somos la fibra que permitirá que otros tengan un espacio que habitar en el futuro (Quiceno, 2021). Los fines libremente elegidos del ser humano del presente son los ladrillos con los que se construye la sociedad que habitarán las personas del mañana.

Según lo apenas dicho, decir persona es al mismo tiempo decir comunidad (Mounier, 1972). En realidad, no son cosas excluyentes. Por ello, la pregunta por la identidad humana tiene una incidencia inmediata en la pregunta por la identidad de las comunidades de personas (Marías, 1997). Sin embargo, es claro que la comunidad implica que ese tejido personal del que

venimos hablando y que hace referencia a la unidad voluntaria e involuntaria de religión, pensamiento, valores, idioma, cultura, leyes, arte, técnica y otros muchos aspectos más, se comparten de forma específica en búsqueda de una finalidad.

El asunto es análogo. Es decir, cuando nos preguntábamos por la identidad de una cosa (*idem*) decíamos que era fundamental la forma estructural, pero que esto no estaba desconectado de la causa eficiente, material y final. Es decir, los seres humanos estructuran objetos con ciertos materiales y formas concretas con la intención de cumplir una función o una tarea. Las personas forman comunidades con una intención, una materia —que son las personas mismas y que, desde la perspectiva de la dignidad, son el mejor “material” posible— y una finalidad. Las sociedades humanas se forman como respuesta a la naturaleza personal del ser humano, pero se orientan hacia las finalidades que ellos eligen libremente. Entre más perfecto es el fin que eligen perseguir, más exigente es el camino, pero más perfecto es el carácter de la sociedad. Por ello, toda comunidad cuenta una historia en conjunto, tiene valores que la identifican, ideas que la representan y una misión que manifiesta los fines que persigue. Esto no significa que la comunidad sea una persona. Es decir, la sociedad tiene un aspecto objetivo en tanto puede convertir sus valores e ideas en instituciones que permanezcan a pesar del paso de las personas y no puede responder por sí misma a la pregunta ¿Quién es esta sociedad? Ya que son las personas que la conforman las que responden por la institución. Por

ello, son los miembros los que hacen que la pregunta por la identidad comunitaria tenga sentido. Está en ellos como algo a lo que pertenecen siendo alguien. Las personas no tienen identidades comunes, pero hacen común su identidad integrando los elementos que les permiten pertenecer a ciertas sociedades. De hecho, parece que la fortaleza de la unión de las comunidades no está tanto en que todas digan o hagan lo mismo, sino en que comprendan los elementos que estructuran su identidad y se adhieran a ella libremente. En ese sentido, toda motivación interior que exprese una convicción apropiada como buena y capaz de perfeccionamiento, se impone casi siempre a las exigencias externas y que son percibidas como ajena a los propios fines. Lo primero genera “pertenencia” mientras lo segundo una detestable “hipocresía”.

La aplicación de lo dicho a la comunidad universitaria tiene enormes implicaciones. Como comunidad tiene un origen, se cuenta una historia en el que ciertos seres humanos se reunieron con un fin concreto. Además, como comunidad cuenta con personas que comparten ciertos valores e ideas y tienen la capacidad para transmitirlos; cuenta con un lugar propicio para ello y con ciertas condiciones de posibilidad vinculadas a las circunstancias espacio-temporales en las que nacen (estado de la ciencia, leyes, gobierno, dinero, etc.). Estas circunstancias, hay que decirlo con claridad, normalmente constituyen el principio de sus vicisitudes. Todos estos aspectos marcan lo que puede considerarse los aspectos éticos de la comunidad universitaria. Se camina en orden a

un origen que marca una intención. Por ello, en la medida en que la comunidad universitaria más se mantiene firme en su orientación, más fiel es a su identidad, mientras más se aleja de ella, más cambia su forma, incluso hasta el punto de que las comunidades universitarias pueden deformarse, es decir, perder aquello que las hace ser lo que son. En este caso, el fin educativo. De hecho, todo fin universitario que se salga de los márgenes “de lo educativo” debería siempre cuestionarse desde el interior y el exterior de la institución.

Así nace la academia de Platón, así las escuelas de estudio cristiano, la formación monástica y catedralicia y, por supuesto, la Universidad. Todas estas comunidades humanas hacen gala de reunir maestros y estudiantes con fines educativos (como se define en las partidas de Alfonso X el sabio). La Universidad nace como respuesta al deseo personal de conocer la verdad, es decir, responde a uno de los fines más altos inscritos en la naturaleza humana. Como bien expresa Aristóteles (1994) al inicio de la *Metafísica*, “Todos los hombres por naturaleza desean saber” (p. 69). Por ello, como nos enseña la antigüedad clásica, el deber de formar la inteligencia como fin propio del ser humano permite que los seres humanos reclamen (tengan derecho) a ser educados, guiados por el camino del conocimiento verdadero.

Este fin le impone a la Universidad los problemas de la misión y del método. En este caso, la misión de la Universidad tiene distintos planos de actividad: antropológico, ético, profesional, político y religioso. La Universidad como comunidad tiene la

misión inicialmente antropológica porque orienta a los seres humanos que tiene a su cargo a la búsqueda de la verdad. La universidad es tal porque el ser humano está abierto a conocer con verdad todas las cosas. Es por esto habitual que la Universidad sea el lugar en donde los seres humanos tienen el espacio para responder a las grandes preguntas sobre Dios, sobre sí mismo y sobre el mundo. En ello, la incidencia de la Universidad en la cosmovisión del estudiante es esencial, pues, estas respuestas, que beben de lo que la sabiduría humana ha ido hilvanando en la historia, dan dirección a sus vidas. Por eso, la misión antropológica tiene para la Universidad una conexión inmediata con su misión ética. La Universidad forma a los jóvenes para que sepan vivir según las respuestas honestas que se han dado a esas preguntas. Esto, dista de todo adoctrinamiento o ejercicio ideológico de la educación y más bien se acerca a la sana promoción de la libertad. Es decir, a que los jóvenes sepan comprometerse con la verdad y sepan elegirla libremente porque son capaces de reconocerla. Para esto, hay que formar la inteligencia y orientarla a ser capaz de concebir la verdad como una forma de mayor libertad y no como una forma de sometimiento. Las personas reconocen en la verdad algo digno de ser creído y algo que los hace más dignos sin importar su proveniencia, aunque reconociendo el sacrificio que hay detrás de ese ejercicio de búsqueda.

La sociedad contemporánea ha obligado a la Universidad a integrar la técnica y la tecnología. Hasta un punto en el que la Universidad hodierna lucha desde su

interior por mantener su misión antropológica y por integrar la exigencia napoleónica de “enseñarles a los hombres un oficio”. Los métodos empíricos modernos ligados a las matemáticas dan a algunos de esos oficios técnicos el rango de ciencias, aunque no tengamos claro del todo los fines que persiguen y nos tomará tiempo determinar si son realmente buenos para la vida humana. La Universidad contemporánea se juega su identidad, es decir, el que su intención, estructura, materia y fin se mantengan a pesar del paso del tiempo, en integrar la exigencia social y mercantil de enseñar ciertas habilidades y competencias sin renunciar a su misión antropológica fundamental. En esto, la Universidad tiene hoy lo que se puede considerar una misión profesional, que los hombres sepan hacer, fabricar, tecnificar, dirigir, ordenar cosas y, analógicamente, también las personas. No obstante, no es insistente decir que esta misión es solo derivada. Por ello, cuando todas las estructuras actuales de acreditación nacional e internacional, las exigencias del mercado, de la sociedad, del marketing, se convierten en una dictadura de eficiencia profesional, se camina por un sendero que acaba en la destrucción indefectible de la identidad universitaria.

Adicionalmente, la Universidad tiene una misión política y religiosa. La universidad tiene una misión de formar a que sus estudiantes sepan vivir en la comunidad política, cumplir con sus deberes, reclamar sus derechos y ejercer su profesión de acuerdo a la dignidad personal y a la búsqueda del bien de la comunidad humana. En palabras de Benedicto XVI

(citado en García, 2010): “La finalidad esencial de la educación es la formación de la persona a fin de capacitarla para vivir con plenitud y aportar su contribución al bien de la comunidad” (p. 277). Así, cuando el estudiante entiende su realidad más propia, acoge sus deberes éticos y aprende a responder a las exigencias del mundo de forma profesional, la Universidad cumple su misión política. Los estudiantes de hoy serán los líderes del mañana en todo ámbito. Por eso, la formación antropológica, ética y profesional tiene un consecuente impacto político. Aunque, en este punto hay que aclarar que la Universidad es ajena a los intereses de la *práxis política* (Arendt, 1996). Para la Universidad servir a fines ajenos a su naturaleza educativa es en el fondo renunciar al suyo propio. Para buscar la verdad es necesaria la libertad. Por esto, si la Universidad no mantiene su distancia crítica sobre el discurso político impide que los estudiantes sepan reconocer los errores y hacer fecundos los aciertos de la *práxis política*. Cuando la Universidad se pone al servicio del discurso político pierde su carácter universal y se convierte en algo particular y particularizante, deja de ser un espacio para buscar la verdad y se convierte en promotora del error y el fanatismo ideológico (Zucal, 2023).

Por último y no menos importante, la Universidad tiene una misión religiosa. Como comentaba John Henry Newman, la Universidad no es tal si no busca universalmente el saber y, por ello, la teología no puede estar excluida de su actividad (Newman, 2011). La Universidad no puede excluirse de pensar la cuestión de Dios.

El asunto dista de ser aséptico. No hay que confundir el respeto por la libertad religiosa con la promoción deliberada del agnosticismo. No abordar la cuestión de Dios en la Universidad es amputar el fin mismo del conocimiento humano y su apertura a aquello que lo abre y lo invita a trascenderse continuamente. Exponer como esos mismos fines infinitos pertenecen a la naturaleza finita del ser humano es un asunto para abordar en otro espacio. Sin embargo, estamos frente al misterio mismo de toda identidad humana y de toda identidad comunitaria.

Conclusión

Al parecer plantear el problema de la identidad desde un punto de vista de marketing y de mercado es una cuestión engañosa. No porque estos elementos no puedan hacer parte de la identidad de la Universidad, sino porque no responden a aquellos aspectos que hacen que ella sea lo que es. Si la cuestión de la identidad Universitaria es de suma actualidad es precisamente porque algunas instituciones han olvidado su origen y van a la deriva porque no saben hacia dónde van dirigidas. Si las universidades sirven hoy a otros fines es porque han convertido su barca en una casa. Si

bien siguen siendo funcionales, como una casa construida con una barca, han dejado o están dejando de desempeñar con maestría aquello para lo que fueron pensadas.

Frente a este panorama parecía importante recordar que la identidad comunitaria de la Universidad se juega su permanencia en el problema de cómo responde libremente a sus fines más propios. El primero y más esencial de carácter antropológico y, asociado a este, todos los demás, incluido el profesional. Apropriarse de esta misión contemporánea de forma adecuada es el principio de una integración que permita que la Universidad sea lo que es y sepa responder adecuadamente al proyecto de ser universal y no totalizante como el conocimiento mismo del ser humano y de la verdad que busca.

Financiamiento

La presente investigación fue autofinanciada.

Conflictos de interés

El autor declara que no tiene conflictos de interés.

Referencias

- Aristóteles (1994). *Metafísica*. Gredos.
- Aristóteles (1995). *Física*. Gredos.
- Arana, J. (2015). *La conciencia inexplicada. Ensayo sobre los límites de la comprensión naturalista de la mente*. Biblioteca Nueva.
- Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios de reflexión política*. Península.
- Daros, W. (2005). El problema de la identidad. Sugerencias desde la filosofía clásica. *Invenio: Revista de Investigación Académica*, 14, 31-44.
- Eliade, M. (1981). *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama.
- Guardini, R. (1996). *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo concreto viviente* (BAC (ed.)).
- Kirp, D. (2005). *Declining by Degrees; higher education at risk*. R. H. Hersh & J. Merrow.
- Marcel, G. (1953). *El misterio del ser* (Sudamericana (ed.)).
- Marías, J. (1997). *Persona*. Alianza.
- Maritain, J. (2007). *Reflexiones sobre la persona humana*. Encuentro.
- Mounier, E. (1972). *El personalismo*. Eudeba.
- Newman, J. H. (2011). *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria* (EUNSA (ed.)).
- Plutarco (1985). *Vidas paralelas*. Gredos.
- Quiceno, J. D. (2021). *Identidad narrativa según Paul Ricoeur*. Dykinson.
- Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2011). *Finitud y culpabilidad* (Trotta (ed.)).

Ricoeur, P. (2013). *Escritos y conferencias I: En torno al psicoanálisis*. Trotta.

Zucal, S., & Quiceno, T. J. D. (2023). Romano Guardini: La Universidad entre voluntad de poder y voluntad de verdad. *Persona & Cultura*, 19(19 SE-Perspectiva), 29-50. <https://doi.org/10.36901/persona.v19i19.1520>

Recibido: 28 de febrero de 2024

Revisado: 15 de abril de 2024

Aceptado: 23 de abril de 2024